



Relatos de la “Strat al-thāhir Baibars”



X – El juicio al monje maldito

26 ~Ibrahim no acaba de curarse

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.



www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 26 - Ibrahím no acaba de curarse



Su Majestad, nuestro señor, el sultán, se puso a la cabeza de su ejército y prosiguió su viaje hacia Hama y Homs, en donde disfrutó de la hospitalidad de *Ghayyâz El-Dîn Abu Taqiyeh; luego, fue de Homs a Damasco, en donde fue el invitado de *Aqish el Leal, y, a partir de Damasco, quemó etapas hasta llegar a El Cairo. Avisado de su llegada, el príncipe *El-Saïd fue a su encuentro, acompañado de los dignatarios que habían permanecido en la capital; el sultán hizo su entrada con gran pompa, seguido por un marcial cortejo, y, desfilando por las calles, espléndidamente adornadas para la ocasión, llegaron por fin a la Ciudadela; el sultán entró en la sala del Consejo y se sentó en el trono, rodeado de los prohombres del reino, visires, emires y dignatarios; su primera medida fue investir con un caftán de honor a Abdallah Constantino, y nombrarle emir, con rango en el Consejo, aprovechando la ocasión para darle el serrallo de Bâdis El-Subki¹. Luego, volviéndose hacia la asamblea, declaró con poderosa voz:

– Oh, prohombres de Egipto, emires y visires, si me amáis y deseáis honrarme, haced ese honor a Abdallah Constantino, pues él ha dejado su país para venir a instalarse en el nuestro.

Al actuar de ese modo, era evidente que el sultán quería mejorar la posición de Constantino y reforzar su prestigio. De hecho, le llovió una auténtica catarata de regalos de todos los miembros del Consejo, al querer estos seguir, de todo corazón, el ejemplo de su soberano. Inmediatamente, el sultán hizo llamar al carcelero Ashqar y le entregó a Dukás para que lo encerrara en una mazmorra; luego, mandó a los pregoneros públicos a proclamar una amnistía general; tras lo cual, transcurrieron unos días felices y tranquilos durante un cierto tiempo: gloria a Aquel que conoce su exacta duración.

Pero..., un buen día en el que el sultán presidía su Consejo, se volvió inopinadamente hacia Saad y vio que estaba llorando.

¹ Es el domicilio personal de Baibars; un palacio que adquirió en su juventud, y en el que descubrió un tesoro, oculto allí por su fundador, el rey Bâdis El-Subki (ver *Los Bajos Fondos de El Cairo*).

– Dime, mi buen Saad, ¿qué te sucede? –se extrañó el sultán– ¿Por qué esas lágrimas, estando como estás en el Consejo de un rey que ha extendido la justicia por la tierra? ¿Qué pena te aflige?

– Mi señor, es que no hago más que pensar en mi hermano Ibrahim y le echo mucho de menos. Me parece verle aparecer ante mí y decirme: “¡Eh, tú, Saad, mira qué bien te lo estás pasando tú solito, mientras a mí me has olvidado completamente! Al menos, podrías venir a ver si estoy muerto o sigo vivo. ¡Ah, qué verdad es eso de que ya no hay en este mundo verdaderos amigos! ¡Ya puedes morirte con la boca abierta en tu lecho de dolor, que a nadie le importa!”

Después de pronunciar esas palabras, Saad lanzó un grito y exclamó: “¡Ibrahim, compañero mío, no te muevas, que ya estoy ahí contigo!”

– Concédenos tu bendición, sheij Saad¹ –pronunció el rey disimulando una sonrisa–. Por mi cabeza que tienes razón; debes ir a toda prisa al Horân para consolar a tu hermano Ibrahim y saber de él; tú serás quien le trasmita mi saludo y el de los grandes del reino.

Saad se retiró inmediatamente del Consejo, se quitó su vestimenta cortesana, y poniéndose ropa de viaje, marchó hacia El-Horân atravesando estepas y desiertos, llanuras y desfiladeros. Dejémosle correr de momento, ya nos le encontraremos más adelante; ahora, hablemos un poco del capitán Ibrahim.

Como ya hemos contado a los nobles y generosos señores que nos escuchan, la familia de Ibrahim había venido a buscarle hasta el pabellón del sultán en el sitio de El-Aflâq, y partieron con el baúl en el que reposaba el herido, después de que Shîha le entregara a la Canosa las misteriosas píldoras que debían sanar a su hijo, recomendándole de que solo le diera una cada mañana al amanecer: cuando las hubiera tomado todas, recuperaría la salud. En efecto, Shîha le había dado una cantidad exacta de píldoras correspondientes a la de días que debía pasar aún dentro del baúl. Los Horaníes partieron, cargados con su precioso fardo; una vez llegados a sus tierras, instalaron el baúl con Ibrahim dentro en una de las salas del castillo. Aïsheh la Canosa se encargaba personalmente de administrar las píldoras a su hijo: cada día dejaba caer una por el orificio previsto a tal efecto en la tapa del baúl. Al principio, Aïsheh siguió escrupulosamente las instrucciones de Shîha; pero, un buen día, mientras estaba en compañía de su hija Fâtme la Arrogante, hermana del capitán Ibrahim, ésta le dijo de sopetón:

– ¡A ver, Canoseja, dime!

– ¿Sí? –respondió Aïsheh.

¹ Baïbars considera la visión de Saad como una manifestación del “Mundo del Secreto” (Ver la *Presentación* de *Flor de Truhanes*); según la mística musulmana, el creyente normal debe reverenciar esas manifestaciones, sin buscar penetrar en su misterio.

– Tú, que estás, ¿cómo te diría? en tu primera juventud, cuando te sientas a comer, ¿te conformas con un bollo o dos? o ¿si te quedas con ganas, coges más bollos?

– No, hija mía. Yo solo como mi ración, ni más ni menos: cuando yo era joven, me comía treinta bollos de los grandes; ahora, que soy vieja, tengo menos apetito, y me basta con diez o doce.

– Entonces, escucha, si tú, vieja como se ve que eres, necesitas diez o doce bollos, ¿cómo quieres que mi hermano Ibrahim, en la flor de la vida, se contente con una píldora al día?

– ¿Y qué quieres que yo le haga?

– Pero tú, vieja loca, ¿es que quieres matarle de hambre? –se rebeló Fâtmeh– ¡Al menos, dale dos pastillas al día!

– Hija mía, ¿tú crees que se podrá? –le preguntó la Canosa.

– ¿Por qué no se va a poder? ¿Cómo quieres que recupere fuerzas si no come hasta saciar su apetito?

Así que, a la mañana siguiente, la vieja Aïsneh dio a su hijo dos pastillas en lugar de una. Pero ese día Fâtmeh volvió a la carga.

– ¡A ver, Canoseja, dime!

– Y ahora, ¿qué es lo que quieres, Fâtmeh?

– Cuando tomas el desayuno, por la mañana, ¿te saltas la comida del mediodía?

– ¡Pues claro que no!

– Entonces, ¿por qué no le das a Ibrahim nada al mediodía?

– Hija mía, es que temo a Yamâl El-Dîn Shîha: él nos ha prohibido terminantemente darle otra cosa que no sea una píldora cada veinticuatro horas.

– ¡Menuda tontería! –gritó Fâtmeh furiosa– En primer lugar, tu Yamâl El-Dîn, no está aquí presente para ver lo que hacemos. ¡Por la vida de mi padre, si no le das su almuerzo, te mato!

– A fin de cuentas, eso no puede hacerle daño –dudó Aïsne.

– ¡Pues claro que eso no va a hacerle daño! –refunfuñó la joven– Mejor eso que dejarle ahí morirse de hambre: ¿no le oyes gemir por las noches y durante el día?

De modo que, al día siguiente y los demás días que siguieron, Aïsneh le dio a su hijo dos pastillas por la mañana, y dos al mediodía. Pero Fâtmeh, no conforme con eso...

– A ver, Canoseja, dime –le preguntó a su madre–: tú, después de desayunar, y de comer a la hora del almuerzo, ¿es que no cenas?

– ¡Claro que sí! Todas las noches ceno.

– Entonces, ¿no te da vergüenza dejar a mi hermano en ayunas? Dale dos pastillas por la tarde, cuando se ponga el sol; con esas, habrá tomado un total de seis al día, y puede que así se alimente mejor.

– Sí, pero a ese paso las pastillas no van a durar mucho...

– ¡Pues mejor! Cuando las haya terminado todas habrá sanado.

Desde ese día, la Canosa suministró a su hijo dos pastillas por la mañana, dos al mediodía, y otras dos por la noche. A ese ritmo, la provisión de píldoras se acabó enseguida; pero, Ibrahim, seguía francamente mal, y no dejaba de quejarse y de suspirar por los dolores que le causaban sus heridas.

– Y ahora, Fâtmeh ¿qué hacemos? –preguntó inquieta la Canosa– No quedan más píldoras, ¿cómo le vamos a alimentar?

– Pues no hay más que prepararle un buen tazón de leche de almendras y verterla por el orificio; ¡eso le hará más provecho que esa porquería de pastillas, y le sentará mejor a su cuerpo!

Así que se pusieron manos a la obra, pero Ibrahim, apenas había tomado unos sorbos, comenzó a dar alaridos:

– ¡Fâtmeh, por piedad, sácame de este baúl! ¡Me estoy ahogando, necesito respirar!

Las dos mujeres corrieron rápido a avisar a Hasan El-Horâni, al que Fâtmeh desveló el régimen que habían hecho seguir a Ibrahim desde hacía varios días.

– ¡Has cometido un grave error, hija mía! –la reprochó el viejo capitán– ¿Y por qué habéis sustituido las píldoras?

– Por leche de almendras.

– Claro, eso es: ahora que ha bebido leche de almendras, tiene necesidad de aflojar el vientre; pero no puede hacerlo metido en ese baúl, sobre el que están grabados los Nombres de Dios. Las píldoras, precisamente tenían el poder de impedir esto: el que se alimenta con ellas no siente la necesidad de defecar, ni de orinar; gracias a los Nombres divinos inscritos en ellas.

– De acuerdo; lo hecho, hecho está –respondió Fâtmeh–. Mientras tanto, mi hermano lanza unos gritos de partir el alma, y suplica que lo saquemos del baúl al aire libre.

– De todos modos, no hay otra solución –suspiró Hasan–: sacadle de ahí, y tendedle en un lecho. Si su hora no ha llegado todavía, vivirá; si no, mejor que muera así, que asfixiado en un cajón. ¡No hay más fuerza que en Dios, el Altísimo, el Todopoderoso!

Fâtmeh se apresuró a prepararle un lecho con cuatro o cinco colchones apilados; luego, sacaron a Ibrahim del baúl y le tendieron allí. En cuanto entró en contacto con el aire, lanzó un grito de dolor; sus heridas se abrieron de nuevo y comenzaron a supurar. Permaneció allí acostado, en su lecho de dolor, bebiendo agua y contemplando sus heridas; mientras Hasan El-Horâni, desesperando de volver a verle vivo, se sumía en una profunda tristeza. Esto es todo por el momento en lo que se refiere a Ibrahim.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.27 - Las funestas consecuencias de una borrachera